

Proyecto MGE 2017: obra compartida

Dabone (Lucio)



Proyecto

Novela

Compartida

VIVE LA HISTORIA
A TRAVES DE SEIS PUNTOS DE VISTA

DABONE
EL GRAFFO
ALEJANDRA ABRAHAM
E.E GONZÁLEZ
ESCRITOR 5
ESCRITOR 6

Capítulo 1

Dabone.

Capítulo 1 - **Trazos en el lienzo.**

Al cronista de esta historia le hubiese encantado no ser testigo directo de la misma. Se los aseguro. En repetidas ocasiones se le cruzan por su cabeza demasiadas miserias, profundos desconsuelos que tuvo la desgracia de vivir, y que trae a ustedes a través de estas hojas, las que espera no mueran en el olvido, abandonadas a su suerte en un anaquel lejos de ojos que lo escudriñen.

El narrador soy yo. Mi nombre no tiene importancia. La historia que llevo conmigo, cicatrizada en mi alma, sí.

Hoy, ya casi todo es historia. Hoy puedo afirmar que durante el tiempo que duró aquella desgraciada turbación sobre muchos de los que me rodeaban, no me arrepentí ni por un instante de haberlos tenido entre los míos. Creo que el único motivo por el que aún permanezco en el mundo de los vivos se debe a que la humanidad necesita que este relato sobreviva a la posteridad, como prueba de la fortaleza de las personas, del género humano, ante la más avasallante adversidad.

Estoy seguro, que el hecho que algunos estemos en pie hoy día, aún maltrechos, se fundamenta en una especie de sentido de unidad que un grupillo de seres humanos con no tantas cosas en común supo construir en un principio, y llevar adelante con éxito luego.

He de aclarar que no soy un escritor, aunque he leído mucho en mi vida. Simplemente alguien tenía que llevar adelante esta crónica: por supuesto que intenté evitar ser el escribiente, no voy a mentirles. Durante años evité hacerme cargo de este trabajo, una y otra vez. Siempre hallaba la excusa perfecta para no hacer lo que, ahora creo, siempre debí hacer. A veces culpaba a lo cotidiano y la comodidad que acostumbrarse a ello tiene aparejado... otras lo encontraba en el sufrimiento que no quería volver a sentir... muchas, en la falta de asunción de la responsabilidad que una tarea de la magnitud que describo necesitaba. Pero todos tenemos un límite, y mi negación también tuvo su final...

Fue entonces que, en un día gris de Agosto, estaba en el cementerio del pórtico gigante de mármol... el de la virgen de piedra encima, de la inmaculada mirada que desplegando sus vestimentas al viento, bendice

todo a su alrededor con esas grotescas manos (el escultor no era el mejor en el arte de esculpir dedos). Seguramente la conocen, quien no... En esta ciudad solo tenemos cuatro camposantos, solo es cuestión de ir tan al oeste como se pueda y allí lo encontrarán. Tan solo espero que ustedes no sean habituales visitantes de este tipo de lugares, al menos no con la asiduidad con la que yo lo hago.

Suelo llevar flores de vez en cuando, y ese día me tocaba ya que era vísperas del primer fin de semana del mes. No tengo conocimiento de la localización de la tumba de mis padres, a quienes no conocí excepto por la palabra de tíos y abuelos, así que se equivocan esta vez: los claveles y crisantemos fueron siempre solo para quienes durante la serie de eventos que pienso relatarles dejaron su vida por algo que todos creímos fue, es y será superior a nosotros mismos.

Les decía, ese viernes una niña jugaba cerca de una de las tumbas entre las que me encontraba. Es innecesario indicar a quien pertenecía, al menos por ahora. Esta jovencita, de cabello negro y piel pálida, blanca como la nieve, jugaba con una especie de trompo que llevaba entre sus manos. El objeto, teñido de tantos colores como los de un arcoiris, contaba con iluminación propia, que lo hacía más visible habidas cuentas de la oscuridad de ese cielo minado de nubes.

El trompo, por algún mecanismo, giraba velozmente sin necesidad de impulso de la chiquilla, quien alternaba entre apoyarlo en el suelo o dejarlo moverse sobre la palma de una de sus manos, mientras que con la otra controlaba que la peonza no se le escapara. Le perdí de vista unos minutos. Mientras terminaba de colocar agua a las flores, el juguete se acercó rápidamente en dirección a mis pies. El piso tenía una caída en ese lugar, que pasaba luego a algo así como una alcantarilla pequeña enrejada. La chica lo perseguía raudamente, temiendo por el destino de su juguete. No creía yo posible que el trompo pase entre las rejas del desagüe, pero en todo caso lo detuve con mi zapato. Una sonrisa se dibujó en la cara de Sara, según ella misma me dijo con una voz llena de ternura y jovialidad.

No recuerdo bien a qué pensamiento debí mis lágrimas en ese momento, pero ella miro la lápida donde me encontraba y me preguntó, tímidamente:

- ¿La conocías?-

Solo atiné a afirmar con mi cabeza, en tanto terminaba de ordenar mis enseres: mi ronda de visitas estaba terminando.

Ella bajó la mirada. Tomó el trompo y lo dejó quieto en el suelo. Suspiró

brevemente. Me volvió a mirar a los ojos.

-¿Era buena?-

Me agaché a sus pies, tomé la peonza llena de color y se la puse en las manos. Le dije:

-Era un ángel, aunque ni siquiera lo sabía...-

Los ojos de la niña se llenaron de asombro, ese que tantas veces sentimos de niños y dejamos morir de adultos.

-Sara, te dije que no te alejaras. Vamos, ¡ven aquí inmediatamente!-

La madre de Sara se acercó y le reprochó, además, que no se vuelva a alejar sin aviso.

-Perdón mami...- fueron las palabras que la niña repitió en varias ocasiones, menguando a duras penas el enojo de su progenitora.

-Adiós amiga- dije estirando la última vocal, mientras la saludaba abanicando los dedos de mi mano derecha.

Sarita se marchó volteándose repetidas veces, saludándome con el trompo en sus manos, que enlazaban el cuello de quien la cargaba. Sonreía. No paraba de hacerlo.

Ese fue el momento, aunque no lo crean, en que supe que lo nuestro, lo que ese grupo de personas vivimos, peleamos, sufrimos... creímos a morir, debía darse a conocer.

Esa tarde volví al cuarto de la casa que hacía tiempo no visitaba. Ese en el cual ella intentó sobrevivir, luchando y sufriendo postrada en la cama, durante cuatro meses... siendo más precisos, ciento veintisiete días en lo que nunca perdió su sonrisa a pesar que en su cuerpo la humanidad era aniquilada. Destapé el facistol, despojándolo de la sábana blanca cubierta de polvo. Su retrato inacabado, con esa expresión de cansancio pero también de esperanza que ya no recordaba, me llenó el alma de sosiego. Quizás era hora de volver a esbozar trazos en ese lienzo. Quizás no. El pincel y la pintura estaban tan duros como mi corazón.

¿Saben? Quisiera estar en un cuento de Borges y comenzar con la historia ya escrita, siendo un mero lector o comentarista de mi propia crónica. O ser un personaje de Sábato y psicopatear al amor de mi vida hasta acabar con su vida, y tal vez con la mía. A veces prefería terminar en un manicomio como ese pintor de la tan mentada ventanita.

Pero no puedo más que aceptar mi destino. Es lo que es, es lo que tiene que ser.

Sin más, me vuelco a esta aventura de relatar lo más fidedignamente posible lo ocurrido, algo mucho menos peligroso que lo realmente acaecido. Tengan algo de paciencia, y sobre todas las cosas, dejen una chance a este tipo que hoy les dice que... esta narración sí que vale la pena.

Capítulo 2

Dabone.

Capítulo 2: **Perspectiva.**

El invocar recuerdos es algo tan personal e íntimo que cada ser humano realiza este tipo de actos de una manera única, diferente a la de cualquier otro. Normalmente la gente habla de "puntos de vista", como si opinar sobre tal o cual cosa es la forma exclusiva de exteriorizar nuestro ser. Disiento en forma notoria. Mis ojos pueden ver los mismo que los de los lectores, pero mi mente concibe una imagen quizás totalmente dispar a la suya. Hasta el momento, ustedes están viendo palabras impresas con la esperanza que su lectura no sea una total pérdida de tiempo. Bueno, tal vez no debo ser tan extremista. Es posible que esperen que mi relato contenga algo interesante, aunque sea lo suficientemente atrapante como para hacerles pasar el rato.

Puedo equivocarme: es probable que de veras se sienta empatía por el cronista y su promesa de una verdad que debe ser develada. Sea como sea, mi noción sobre este trabajo pasa por aristas algo complejas como diametralmente contrastantes. Personalmente, necesito que mi narración vea la luz del día. Es menester que así lo haga.

Me creo obligado a dar lo mejor de mi para que ustedes conozcan eso que solo algunos tuvimos el dolor, pero también el privilegio de vivir. Con esto no aseguro que mi trabajo será perfecto, ni que lucirá como Sirio en una noche despejada. Estoy seguro que por sí misma, la historia valdrá lo que este improvisado narrador augura.

Finalizando con esta exigua introducción, daré un ejemplo: el niño que observa el volar de una mariposa dotada de llamativos colores, usa los mismos instrumentos que Dios (o la naturaleza, a opción del lector) le otorgó que un anciano sentado en un banquillo de la plaza central de la ciudad. Los ojos de éste último quizás, menos lúcidos que los del primero. Ahora bien, lo que sienten, lo que en verdad "ven", difiere sin duda. Puede variar y mucho. Soy más preciso: esa bella mariposita amarilla, roja y verde, de alas extendidas y andar errante, puede ser apreciada de maneras que no imaginamos por el mismo niño, si cambiamos el lugar donde se crió (podemos pensar en una Bagdad en época de guerra), la composición de su familia (si tuvo o no ambos papis; si cuenta con hermanos; quién fue el encargado de la crianza) o tener en cuenta el caso en que algún suceso traumático lo haya afectado (accidente; problemas

de salud). ¿Están entendiendo hacia dónde apunto?

Es dable decir que intentaré contar mi... perdón, nuestra historia, sin claudicar y a instancias de perder algo más que mi cordura a tales efectos. Trataré de que mi cabeza no sea solo la mía: juro elevarme por encima de mis limitaciones. Voy a relatar los episodios poniéndome, aunque no sea más que en parte, en el pellejo de ustedes. Daré una chance a eso de lo que muchos hablan pero no tienen idea de lo utópico que es... poner las cosas en "perspectiva". ¡Válgame el diablo!

Al grano entonces. Sepan disculpar, pero escribo con 'El viejo y el mar' a mi lado, ustedes sabrán que si uno intenta ser directo escribiendo pero no conoce a Hemingway, pues mejor dese por perdido. Les decía. Hace años, ni pocos ni tantos, una serie de eventos poco relacionados entre si hicieron que Juan Carlos, Luciana, Marcos, Gabriela, Eduardo y yo nos conociéramos durante el transcurso de menos de un año. Para los que vociferan que las casualidades no existen, están en lo cierto.

Los dos primeros mencionados fueron precisamente quienes se conocieron entre sí, con prelación al resto de nosotros. Conforme a la anécdota que ambos solían repetir, puede decirse que una gresca en el tránsito puso a uno en conocimiento del otro, y viceversa. En un semáforo de la ciudad, cercano a la zona céntrica, en una mañana de verano plagada de calor y automovilistas con bajas dosis de paciencia, el vehículo de Juanca se quedó detenido ante la luz verde y con una columna de Fords, Toyotas, Chevrolets, VWs y otros detrás suyo. Precisamente el Focus azulado que lo sucedía en la cola era el del marido de Luciana, un tipo gigante con escasos cabellos y de modales dudosos. La bocina, utilizada de manera abusiva tanto por éste último como por todos los que esperaban el paso, no procuraba una mejora en el auto de Juan Carlos, quien atinaba indicar con la mano fuera de la ventanilla que su carro no tenía intenciones de marchar a lado alguno.

Mientras el resto de los automotores, a instancias de sus pilotos, optaron por esquivar la máquina detenida (dejando alguna palabrita fuera de sitio para Juanca), este no fue el caso del esposo de Luciana. Su mujer, cabe destacar, iba también dentro del habitáculo, sin emitir sonido alguno, pues conocía que si el cónyuge estaba de mal humor, mejor que las moscas no volaran cerca. El tosco y porfiado señor parecía cubierto de llamas de ira en virtud de lo que estaba sucediendo, dirigiendo todo rencor posible contra el conductor del otro auto. La bocina continuaba sonando y el policía que unos segundos antes estba a una distancia cercana a media cuadra, se hallaba a estas alturas a escasos metros de la escena.

Juan tuvo la mala idea de gesticular con la misma mano izquierda con que avisó los problemas de la marcha de su vehículo, cansado del sonido insoportable del claxon. Entonces Luciana no pudo hacer nada para detener a su marido, quien reugió como un león y en menos de

tres segundos ya sostenía por el cuello al ya por entonces atemorizado Juan Carlos. "Pensé que me mataba" decía siempre entre risas. Claro que en su momento lo descrito no tuvo nada de gracioso, está de más aclarar.

Gracias a que el policía (si mal no recuerdo, el oficial Lúquez) tomó cartas en el asunto rápidamente se debe el hecho que nuestro amigo solo contara con algunas laceraciones en el cuello y un ojo morado. Conforme a los tratos de su marido, fue entonces que Luciana se acercó a pedir las disculpas del caso, como siempre lo hacía dicho sea de paso, en casos como el de la crónica. Causal y no casualmente, fue que ambos cruzaron una mirada que cambió para siempre las vidas de ambos. Según ellos, sintieron instantáneamente que se conocían de siempre. Supongo que es una forma sencilla de describir el hecho que el amor llamara a sus corazones.

Dos meses después, en su oficina ubicada en el quinto piso de ese edificio vidriado sobre calle Cervantes, frente al teatro, Juan Carlos había pedido al Café de la esquina, como habitualmente lo hacía, un café con medialunas, a ser enviado por el cadete de turno. El encargo llegó presuroso, pero el muchacho olvidó su paga sobre el escritorio. Había de ser un novato. Juanca salió presuroso en pos del muchacho, a quien alcanzó apenas antes que bajara por el ascensor. El pibe no era ni más ni menos que don Marcos Llorente, un tipo bonachón, flaco y alto, de un corazón más grande que la mismísima torre de oficinas de la empresa.

El trabajo de Marcos era, en general, bastante monótono. Mas que nada se basaba en la carga de una abultada cantidad de datos a las bases de cierto sector de ventas de la compañía. Solía tener de vez en cuando, como sucede en toda gran organización con alguno que otro compañero de tarea. Nada fuera de lo común. Es necesario destacar que cuando se trataba de intercambios de información con el área productiva, había en tal área una empleada que le hacía poner los pelos de punta. El sentimiento de rechazo era mutuo, evidentemente. Discusiones que se iniciaban por el interno de la empresa, o vía e-mail incluso, acababan en discusiones acaloradas en una u otra oficina donde los involucrados se desempeñaban.

Esta muchachita, joven, muy competitiva y algo vanidosa, era Gabriela: terminó siendo nuestra Gaby. De ojos claros y mirada profunda, puedo avalar que poseía uno de las mentes más brillantes que tuve el lujo de conocer. Dicen que del amor al odio la distancia no es mucha: cómo quizás ya ustedes pueden imaginar, terminó siendo la media naranja de Marcos. Entre los tantos detalles que me vienen a la cabeza, puedo decirles al menos dos por ahora: abusaba de la frase "qué insensatez", pero créanme, sobre manera. Se enojaba cuando a modo de broma algunos del nuestros tarareábamos al escucharla la vieja canción de Jobim.

Se ponía como tomate de rabia, ijaja!

En tanto, Gabriela, también hiper meticulosa con sus cuidados personales (no vaya a ser cosa que se notara despeinada con alguna "falla" en su maquillaje... de la vestimenta mejor no hablar), era poco tolerante con ciertos modismos sociales con los que se encontraba en desacuerdo pleno. Se turba con los clasificadores, como le gustaba llamarlos: en pocas palabras, aquellos seres humanos que reducen todo en la vida a incluir hechos, objetos, personas, en categorías por ellos mismos creadas. "Tal cosa es o esto o lo otro, tal persona es así o asá... imbéciles" decía en ciertas oportunidades, refunfuñando.

En cuanto a Edu... pues que no decir de él. Amigo, confidente, consejero. Nos conocimos en la calle, mientras el barría la vereda de su casa. Yo pasaba camino a mi trabajo, eligiendo un trazado diferente al que siempre abordaba. ¿Motivo? Una calle cortada por obras. Ah no, perdón. Una causalidad, cierto.

-Hola señor buen día, ¿me dice que hora es?- Eduardo me dijo, figgoneando en mi muñeca.

-¡Buen día! Gracias por lo de "señor" pero no soy tan viejo como para ese mote - obviamente sonreí al contestarle - ¿Es que acaso no le funciona el suyo? - agregué al notar que él llevaba uno, blanco y deportivo, puesto.

Golpeó con la escoba levemente el dispositivo y respondió:

-No era resistente al agua, vió.-

-Lo entiendo perfectamente, a todos nos ha pasado alguna vez.-

Miré el horario: iba un poco retrasado respecto de lo que creí sobre el nuevo trayecto. Tenía que acelerar.

- Son las siete y cuarto. Ten cuidado, tus cordones están...-

Me interrumpió:

-Sí lo sé, desatados. Mi madre se cansa de recalcármelo. Je. Gracias.-

Atiné a asentir ligeramente y me apresté a continuar mi ruta.

-Hoy no lo va a usar- dijo señalando mi paraguas- En tres o cuatro horas el viento se lleva esta tormenta. Créame.-

Giré mi cabeza hacia su lado.

-Gracias por el consejo.-

-Es así, vió. No hay tu tía con el tiempo, siempre hace lo que quiere...-

Lo miré extrañado y seguí caminando. Esa frase. La conocía de toda la vida: la usaba mi abuelo, argentino de nacimiento, tantas veces durante el día como las que pestañeaba. Está bien, puede que exagere un poco. Sin embargo, durante los pocos años que disfruté de su compañía, pocas cosas disfruté tanto como sus abrazos de oso y sus frases extrañas. "¿A que piba le estás por tirar los galgos?" "No le busques la quinta pata al gato"... y tantas más.

El viento, tal y como predijo Edu, comenzó a soplar cada vez más fuerte. Afortunadamente, entre hojas que se arremolinaban una y otra vez ante mí, ya me hallaba dando los últimos pasos hacia mi ordinario destino de cada lunes. No recuerdo mucho más de ese día excepto que me pasé parte del tiempo pensando en aquel muchacho portando un reloj roto como adorno...

Capítulo 3

E.E. González.

CAPITULO 3: **FRASCO.**

No puedo moverme de la cama... nunca puedo de todas formas. No es solo el sueño o el hecho de que estuve despierto hasta las tres de la mañana, o el pensar que ahora debo dirigirme hacia un empleo que odio por una paga que no me satisface, no, es algo más... hoy es el aniversario de su muerte.

Mi padre no era la persona más amable del mundo, pero era mi padre, fue mi sustentador y el único que confió en mí en momentos de extrema dificultad, aunque si el me viera hoy, sé que estaría decepcionado de mí, por lo monótona que se ha vuelto mi vida.

-Perdón papá.-Digo en alto con voz quebrada y de recién levantado. Y lo digo en serio, si quiero pedirle perdón. Pero sobre todo quiero pedirme perdón a mí mismo, cuando era más joven vivía pensando en que quería ser algo increíble, como un astronauta o un rescataste, no sé, alguien que dejé una marca en la vida, pero la realidad me sorprendió dándole un golpe de cáncer al único familiar vivo que me quedaba, arrojándome en un pozo depresivo de negaciones e ira. Luego de esto me fui dando cuenta que la vida tenía que seguir, por eso, después de estudiar y de llevar café durante dos años, por fin la empresa a la que había aplicado me tomó como uno de sus empleados de planta estable en el sector de ventas. No era lo que más quería en el mundo, pero fue la única oportunidad que se me presentó, y no pude desaprovecharla.

Me dirijo a mi trabajo como todos los días pensando en la gran cantidad de cifras que debo descifrar y tabular en la base de datos de la empresa, fue mucha información para dejarla todo el fin de semana y ahora me estoy arrepintiendo de haber sido tan vago el viernes.

Pero en realidad, eso no me molesta tanto, como el hecho de tener que tratar con Gabriela, una de las mujeres más fastidiosas que he conocido en mi vida. Recuerdo la primera vez que la vi en la empresa, me pareció muy hermosa, pelo castaño oscuro, ojos de un poderoso y profundo verde claro y una de las sonrisas más refrescantes y simpáticas que había visto antes. Era una chica de la que cualquiera se enamoraría.

A medida que la fui conociendo comencé a recordar un dicho que mi abuelo solía decir constantemente: "Asco le tengo al frasco pero no a lo que tiene adentro" y para mí, la frase funcionaría en reversa, sería algo así: "Asco le tengo a lo de adentro pero no al frasco"... ya que era eso exactamente lo que me sucedía con Gabriela. Su exterior era hermoso, sí, pero su arrogancia, vanidad y frialdad la hacían uno de los seres humanos más despreciables que había conocido.

Aunque si hay algo que puedo destacar de ella, es su inteligencia y capacidad para su trabajo. No había duda, si alguien tenía futuro en esta empresa, era ella. Teníamos la misma edad, pero ella estaba en un sector privilegiado junto a todos los peces gordos y aunque no era directamente mi jefa, a veces tendría que respetarla como tal.

Cuando entro al hall de la compañía, veo a todos reunidos en la sala de proyección.

-Lucho ¿Qué pasó?-Le pregunto al hombre de limpieza.

-No sé, pero algo raro están dando en televisión, algo que está impresionando a todos por lo visto. No pienso meterme en esa multitud como para ver.

-No te preocupes, yo voy y después te cuento.

-Bueno Marquitos, nos vemos después.

Me adentro un poco en la masa de personas y veo en el proyector principal que se usa para conferencias que alguien retransmitió el canal de noticias. Me quedo mirando.

"...efectivamente Caren, nos acaba de entrar la misma información. Las formaciones meteóricas ya se pueden divisar en el horizonte, se ven muy lejos aún pero sabemos que sus llegadas son inminentes, Todavía no hemos determinado la localización de impacto, pero si tenemos información bastante curiosa acerca del curso de colisión. Podríamos decir que los meteoritos están regulando su velocidad.

-¿Cómo puede ser posible esto Enrique?

-Al parecer, según el informe del centro de astronomía, la regularización de velocidad en cuanto a un meteoro no podría darse hasta después de haber entrado en nuestra atmosfera.

-Entonces los meteoros están... ¿corrigiendo su curso? ¿Cómo si alguien los pilotara?

-Todavía es muy pronto como para sacar conclusiones, pero los mantendremos al tanto."

-Ok... eso fue raro.-Digo pensando en voz alta y todos comienzan a hablar entre sí.

-¡Escúchenme todos!-Se oye un grito por el micrófono y todo se vuelve silencio. Puedo ver a Gabriela empuñando el micro con seguridad y confianza.-Ya sé que están bastante alterados por esta noticia pero debemos volver al trabajo, lo siento mucho pero saben que es así. Ahora, continúen por favor.

Comenzamos a retirarnos todos. Yo también hago lo mismo hasta que siento mi nombre tronando en la boca de alguien más. Sé que es Gabriela, conozco su tonalidad de voz demasiado bien y eso es lamentable.

-Buen día.-Digo saludándola.

-Buen día.-Responde casi inmutable.- ¿Todo bien?

-No, estoy acá y estoy con vos asique no... todo mal.

-Bueno, avivemos ese espíritu porque te necesito al cien por cien hoy, ya que el viernes dejaste mucho trabajo sin hacer.

-¿Cómo sabés eso?

-Porque los datos estaban dirigidos a mi sector Marcos.

-No te preocupes, hoy salen para allá antes de la media tarde.

-Sé que sos capaz, pero no te dejes estar... ¿puede ser?-Pregunta como queriendo una respuesta formal.

-¿Terminaste? ¿Me puedo ir?

-Si... podes irte.

Me retiro a mi sector y comienzo a realizar el traspaso de datos. Para cuando termina la jornada ya tengo todos los datos transportados y mis sesos inflamados, no aguanto más.

Repentinamente, veo a Gabriela caminar cerca de mi cubículo.

-¡Gabriela!-Le grito y ella me mira, luego se acerca a mí.

-¿Qué pasa?

-Ya traspasé todos los datos, para mañana el sistema los va a tener listos. Quería que lo sepas nomás.-Dice y se queda mirándome como si me estuviera analizando lo cual me intimida bastante.- ¿Por qué me mirás así?

-De verdad pasaste todos los datos, se nota que tenés la vista cansada, eso o no dormiste nada.

-Puede que sea un poco de ambas pero... ¿Acaso la señorita Gabriela está mostrando un poco de preocupación por Marcos el empleado más despreciable de esta empresa?

-Mirá... sé que no soy muy amorosa que digamos, pero me gustan las cosas bien hechas. Ah y... sos un buen empleado, no sos despreciable.

La miro como esperando que me diga que está bromeando o algo así.

-Ok... gracias.-Digo nervioso.

-Nos vemos mañana.-Dice y luego se retira. Y yo no puedo creer que me acaba de hacer un cumplido, este día se está poniendo raro.

Salgo de mi sector, paso a saludar a lucho y me voy de la empresa. Afuera la tarde está sumamente gris y veo conductas extrañas en las personas que me rodean. Al parecer todos están corriendo o empezando a correr o mirando al cielo. Se siente algo muy extraño en el ambiente. Como si un nerviosismo vivo se hiciera presente en el aire y hasta se puede respirar la tensión.

Voy a la calle para tener una visión más correcta del cielo y cuando alzo mi vista veo un meteoro impactar en uno de los edificios cerca de mí. El pánico estalla en el aire y todos comienzan a correr desesperados, gritando y llorando. No puedo creer lo que está pasando, están cayendo meteoros en mi ciudad haciendo estallar todo al colisionar.

Trato de escaparme pero hacia donde voy parezco dirigirme hacia un impacto. Veo el cielo y las estelas que dejan los meteoros parecen teñir el ambiente de la ciudad, se escuchan impactos a lo lejos y veo autos y camionetas explotar en mil pedazos.

Repentinamente escucho que me están pidiendo ayuda. Me doy vuelta y veo a Gabriela atrapada en su auto, llena de sangre en su cara. Me decido a ir por ella...

Capítulo 4

Cap 4. **Sin un adiós.**

De Alejandra Abraham.

<http://www.megustaescribir.com/obra/leer/56205/sin-un-adios>

Marcos nos había contado aquella historia un centenar de veces. Aún me parece escuchar su voz como si estuviese conmigo en este momento, como si nunca se hubiera ido. Había sido necesario el Apocalipsis o por lo menos, aquello que pensamos que era el fin del mundo para que descubriese el amor de Gabriela.

Observo a Sara alejarse junto a su madre. Me saluda con la mano en la que sostiene el trompo. Ya no quedan demasiados niños, pero creo que la humanidad todavía tiene esperanzas. Supongo que por ellos es necesario contar lo que sucedió, para evitar que algo así ocurra nuevamente. Nuestra historia no puede ser olvidada. Los sacrificios no fueron en vano.

Catalogarnos como héroes sería exagerar demasiado, sin embargo debo reconocer que resistimos lo mejor que pudimos. No me enorgullezco de todos nuestros actos, pero lo cierto es que hicimos lo que estaba a nuestro alcance. Incluso cuando pensamos que todo estaba perdido, resistimos hasta el final.

Me siento junto a su tumba e imagino que ella está aquí, a mi lado. Casi puedo sentirla acurrucándose en mi pecho. Podrá parecer una locura, pero evocar en mi mente a quienes amé y que ya no están conmigo, me ayuda a seguir adelante.

No busco que sientan pena por mí. Estoy seguro de que si son supervivientes y están leyendo esto, también ustedes cargan con una historia trágica y deben haber dejado atrás a muchos seres amados. Pero si son como Sara, los hijos de una generación que estuvo a punto de desaparecer, entonces sólo podrán aproximarse a la idea de lo que es la verdadera desolación.

Todo sucedió demasiado rápido. Nunca se puede estar preparado para algo así, pero hubiese deseado poder despedirme por lo menos de mis abuelos. Es imposible cambiar el pasado, pero ese día había salido con prisa de casa y no me había sentado a desayunar con ellos como solía

hacerlo.

Espero que mis abuelos hayan podido pasar un agradable tiempo conversando. Me gusta imaginar que fueron felices hasta el último aliento exhalado por sus labios. Ojalá, que no desperdiciaran aquellos instantes antes del final preocupados por nimiedades de la hipoteca o del trabajo. Espero que hayan partido en compañía del amor que se tenían, juntos como estuvieron más de la mitad de sus vidas.

Aquella mañana en la que no me despedí de mis abuelos, después de la fugaz conversación que tuve con Eduardo fue cuando todo comenzó. Reinaba el silencio como si todas las personas de la Tierra contuvieran la respiración y aguzaran el oído para estar atentos a lo que se aproximaba.

Me quedé inmóvil, incapaz de apartar la vista del cielo que había pasado de un azul radiante al color del miedo. Miles de estrellas fugaces parecían herir el firmamento con líneas de sangre. Una lluvia de meteoros en plena ciudad de por sí no era bueno, pero lamentablemente se trataba de algo mucho peor. Claro, que en ese momento yo no lo sabía y aun así el terror nubló mi mente y se apoderó de mis sentidos.

Desesperado, escuché un terrible estruendo que hizo vibrar el pavimento. Miré a mi alrededor y distinguí una nube de polvo que se alzaba a unas cuadras de dónde me encontraba. Ese primer impacto fue como el disparo de un cañón que marcó el comienzo de la carrera por sobrevivir.

Los gritos de miedo y de dolor comenzaron a propagarse al mismo tiempo como si se tratase de una película que hasta ese momento había estado en silencio. La gente pasaba corriendo a mi lado como si hubiera un lugar a donde escapar, como si no todo estuviese perdido.

Si no hubiese sido por Marcos y Gabriela, seguramente hubiese sufrido la misma suerte que los millones de personas que perecieron ese día. El polvo se alzaba formando remolinos en el aire y respirar se hacía más difícil después de cada estruendo. Con los ojos entornados y el cuello de la remera como barbijo improvisado, me dirigí hacia el lugar de donde provenían los gritos de auxilio.

Así conocí a Marcos, tratando de salvar a su némesis que pronto se convertiría en el amor de su corta, pero significativa vida.

El auto estaba medio prendido fuego, pero aun así traté de encontrar otra alternativa antes de decidir que la opción más rápida era sacrificar la notebook que llevaba en la mochila. Mi computadora quedó destrozada al igual que el vidrio de la ventanilla por donde salió Gabriela.

Sólo un ciego habría podido ignorar su belleza, pero sólo un loco como mi amigo Marcos hubiese podido soportar sus maltratos y permanecer a su lado. Su relación era explosiva y pasional. No puedo negar que se amaran, pero peleaban y mucho. Todos los miembros de la Alianza buscábamos rápidamente alguna misión o tarea que nos mantuviera alejados de ellos cuando no estaban de buen humor.

—¡Ay, no! Todavía no había terminado de pagar las cuotas—. Parecía estar a punto de romper a llorar por la rabia de que su vehículo estuviera arruinado.

Nunca me dio las gracias por haber roto la ventanilla, ni tampoco a Marcos quien se había hecho unos profundos cortes en los brazos con los vidrios rotos para que ella pudiese escapar ilesa.

—¿Qué está sucediendo? —pregunté con la voz áspera por el polvo que inundaba el aire.

—No tengo idea, hombre. Al parecer los meteoros están siendo piloteados por alguien o por algo —respondió Marcos mientras nos jalaba de la ropa para que nos apartásemos del fuego que se había ya extendido al asiento del conductor.

Caminamos juntos, igual de desorientados que todos en la calle. Eran dos extraños para mí, pero aquel momento que compartimos en el auto hacía que me sintiera más cercano a ellos que al resto de las personas a mi alrededor.

Nuestros pasos nos guiaron hacia a una escalera que llevaba a una estación de subte. Bajamos por ella sin saber que se convertiría en nuestro refugio por los próximos días, sin saber que hacerlo nos salvaría la vida. Las luces titilaban en la estación. Había gente por todas partes, algunos estaban heridos y otros lloraban. Había algunas familias reunidas con sus niños, personas solitarias y grupos pequeños de conocidos o a los que las circunstancias los había unido.

Distinguí a Eduardo hablando con una pareja. Parecía desorientado y no lo culpaba por eso, pues yo estaba igual de confundido.

—No tengo señal —se quejó Gabriela.

Revisé mi celular, quería hablar con mi abuela y saber si estaban bien, pero tampoco tenía.

—Olvidé mi teléfono en la oficina —reconoció Marcos.

—No me extraña —agregó Gabriela. Tenía la rapidez de una serpiente

cuando se trataba de criticar a alguien.

Él la ignoró y me dijo su nombre. Yo le dije el mío. Más allá de lo que me había contado que la televisión decía sobre aquello que caía del cielo, tenía tan poca información como yo. Decidimos preguntarles a las personas en la estación y Gabriela nos acompañó de mala gana.

Nadie entendía qué estaba sucediendo, pero se habían gestado unas cuantas teorías. Algunos decían que la Tierra era víctima de una invasión extraterrestre. Otros, aseguraban que se trataba de un ataque terrorista aunque no se ponían de acuerdo sobre qué país tenía la culpa y los más creyentes decían que el Día del Juicio había llegado.

Yo no sabía en qué creer, pero estaba claro que se trataba de algo terrible. Los temblores indicaban que aquellas extrañas rocas seguían impactando sobre la ciudad y yo esperaba que esa estación no se convirtiese en mi tumba.

Pensé en mis abuelos y me pregunté si los volvería a ver. Me aferré a la esperanza de que así sería aunque muy en el fondo sabía que no.

Estoy seguro de que si el destino no la hubiese arrebatado de mi vida tan pronto, hubiésemos envejecido juntos, amándonos hasta el final como lo habían hecho mis abuelos. Susurro su nombre y dejo que se lo lleve el viento. Quizás exista vida después de la muerte y ella sienta mi voz como una caricia.

Capítulo 5

Capítulo 5, por Ariel Arvill Díaz.

Alerta silenciosa

Ha pasado mucho tiempo desde la catástrofe. Los humanos hemos demostrado una vez más, que somos capaces de reponernos y que seguiremos en este mundo por mucho tiempo, hasta que una nueva especie se alce como la dominante o quizás hasta que caiga otro meteorito como el que provocó la extinción de los dinosaurios. Aunque eso lo dudo, es posible que sepamos afrontar una situación así y preservar la especie, la idea de seguir con vida nos impulsa a hacer cosas que jamás hubiésemos pensado hacer, el peligro saca lo mejor y lo peor de nosotros. Realmente no estamos listos para morir.

Hoy, solo quedan cicatrices que de vez en cuando duelen, y mucho. A veces mientras duermo, la pesadilla que nos tocó vivir regresa para introducirse en mis sueños. Como siempre, me despierto en medio de la noche asustada, con el corazón a punto de salir corriendo, mientras el sueño abandona la habitación a toda prisa.

—Mami ¿Puedo quedarme contigo? —Parada en la puerta mientras sujeta el picaporte se restriega los ojos una mujercita de cabellos dorados.

—Claro, ven aquí pequeña.

—No me llames pequeña, ya no lo soy. —Corriendo se escabulle en mi cama y se introduce bajo las sábanas.

—Para mí siempre serás mi pequeña, aunque crezcas, te consigas un novio y decidas abandonarme para formar un hogar. —Le digo mientras le abrazo y ella rodea mi cintura con su mano izquierda.

—Yo no voy a abandonarte.

—ya! ¿Quieres que preparemos cacao?

—Siiiiii! —Su voz ha cambiado y sé que su mente se despeja un poco de los restos del pasado.

—Ok. Adelántate y prepara las cosas, ya te alcanzo. —Ella sale corriendo por la puerta, escucho como baja a toda prisa por las escaleras. Ella

también sufrió, todos lo hicimos, sus cicatrices también se están abriendo. Es difícil olvidar el pasado, aceptar que seres queridos fueron arrebatados de nuestras vidas, no es fácil. Pero es parte de vivir y seguir adelante. Aun lo recuerdo, cada escena quedó grabada en mi memoria y aunque quiera olvidarlo, los negativos son indestructibles, están ahí para recordarme que soy fuerte.

En aquel entonces, era maestra de un grupo de 18 niños en un jardín de niños. Aún sigo siéndolo hoy en día, y aunque no puedo tener hijos, ser maestra es como tener un montón de hijos.

Esa mañana era como cualquier otra, todo estaba donde debía estar, nada desencajaba. Quien iba a imaginar lo que estaba por suceder. Nadie había visto indicios de peligro alguno, o a lo mejor estábamos tan inmersos en nuestro diario vivir que no nos dimos cuenta antes.

Los niños jugaban en su propio espacio, coloreando, modelando plastilina o tomando una siesta. Ese día, en el salón había algo distinto, una tranquilidad extraña invadía el lugar. Tardé en darme cuenta, rápidamente hice un conteo de cabezas, entonces supe que faltaba un elemento y no cualquiera, era uno que de vez en cuando convertía el salón en su campo de batalla, su ausencia era la responsable de aquel silencio.

No había faltado a clase, pues le había recibido cuando llegó. No me di cuenta en qué momento se perdió. Pregunté a los niños si sabían dónde se encontraba Toby, pero todos negaron saber algo al respecto, si él no estaba adentro quizás lo encontraría afuera. Revisé el jardín y los pasillos, dentro y fuera de los baños, pero nada. Volví al salón sin tener éxito, esperando ver al pequeño Tobías jugando, corriendo de un lado a otro. Al entrar en el aula, encontré a Molly sentada junto a la puerta del armario.

Me acerque a ella, estaba con el rostro sobre sumergido en sus rodillas, me agaché para hablarle.

—Molly. —Ella levanta su rostro buscando mis ojos.

—Srta. Lucy, Toby dijo que quería estar solo. Me pidió que no lo delatara. —Su voz emitía tristeza, yo escuchaba con atención lo que ella quería decirme. —Le he pedido que salga pero no quiere abrir la puerta.

—Tranquila mi pequeña. —Le dije mientras la abrazaba. —Ya verás que Toby sale de ahí. Ahora levantémonos para que Toby salga, no lo hará mientras bloqueemos la puerta.

Inmediatamente tomo el pomo para abrir la puerta pero había sido asegurada desde adentro.

—Toby. ¿Estás bien? —No obtuve respuesta inmediata.

—Toby, sal de ahí. —Molly golpea la puerta con su mano y una voz quejumbrosa. —Por favor Toby sal. La Srta. Lucy está preocupada.

— ¡No quiero! —Su grito trajo el silencio al salón por un breve instante, a continuación Molly rompió en llanto.

Toby no se encontraba bien, su comportamiento no era para nada normal. Desconocía lo que le pasaba y temía que su vida corriese peligro. Qué clase de profesora era si había permitido que aquello ocurriese. No había notado nada irregular en los días anteriores. Los niños se habían agrupado frente a la puerta y empezaron a llamar a Toby. Las voces de los niños arremetían contra la puerta, pero no era suficiente para sacar al pequeño Tobías de su encierro.

— ¡Largo! ¡No me molesten! —Estoy segura de que mi rostro palideció al escuchar los gritos de Toby. Los niños estaban asustados, un par de niñas rompieron en llanto.

Definitivamente no se trataba de un juego de niños, estaba yendo demasiado lejos para serlo. Mi corazón golpeaba fuerte contra mi pecho porque no sabía cómo afrontar la situación. Mi mente trataba de decidir qué hacer, la violencia y desesperación en la voz de Toby me había desenfocado. No quería abandonar a Toby, pero necesitaba conseguir las llaves de la puerta del armario.

Salí corriendo a buscar a la Sra. Marina, afortunadamente la encontré caminando hacia el salón. Supongo que los gritos de los niños llamaron su atención.

—Lucy ¿Qué sucede? ¿Qué es todo ese alboroto?

¡Rápido! Sra. Marina, la llave del armario.

¿Qué ocurre Lucy?

Calle que no hay tiempo, deme la llave del armario.

No la tengo conmigo. Está en la oficina.

¿Está en el tablero?

Sí.

Bien yo iré por ella, usted vaya al salón y cuide a los niños. ¡Toby se encerró en el armario!

A toda prisa me dirigí a la oficina, entré y fui directamente hacia el tablero donde cuelga las llaves, mi estadía en la oficina no tomó ni un minuto porque sabía perfectamente dónde estaban las llaves. Salí de la misma manera en que había entrado, como alma que se lleva el diablo.

Mientras corría de regreso escuché un grito desgarrador. Llegué al salón sin aliento. El lugar estaba inundado de llantos.

—Srta. Lucy. —Me dijo con voz entrecortada mientras moqueaba y tiraba de mi falda. —Toby.

—Tranquila nena, todo va a estar bien. —La acaricio en la cabeza suavemente. Ella restriega las lágrimas de sus ojos y absorbe los fluidos nasales.

Introduje la llave y el cerrojo cedió, al abrir la puerta, encontré a un niño con una expresión de horror en el rostro, me miraba fijamente.

—Ya vienen. —Dijo casi susurrando.

Cuando intenté agarrarlo para levantarlo del suelo, me aruñó el brazo. Entre la señora Marina y yo logramos sacarlo del armario, pese a la resistencia que puso, pataleando y dando manotazos. Cuando por fin comenzaba a ceder y logré aprisionarlo entre mis brazos para calmarlo, entonces Toby se desmayó.

La señora Marina inmediatamente pidió una ambulancia, la cual no tardó mucho en llegar. Los llantos habían cesado, los niños se amontonaron al ver a los paramédicos cargando a Toby en la camilla.

La señora Marina se hizo cargo de mis niños, yo me fui en la ambulancia acompañando a Toby. Molly había insistido en ir, y como yo era responsable de ella durante las tardes, permití que lo hiciera.

Los doctores lo examinaron, los padres de Toby llegaron al hospital media hora después que nosotros, estaban preocupados, sus rostros no lo disimulaban. Les había avisado de camino hacia el hospital. El doctor Sullivan nos explicó que Toby había sufrido un desmayo debido a un exceso de estrés. Se quedaría por tiempo indefinido en observación, le practicarían algunos exámenes. Sus padres no habían estado atentos de él últimamente, por eso no notaron ningún comportamiento extraño en Toby.

Durante la tarde, Molly y yo dejamos el hospital. Caminamos durante un rato hasta llegar al parque más cercano. Mientras nos columpiábamos suavemente en medio de un silencio ensordecedor, Molly decide romper el hielo.

—Toby se pondrá bien. ¿Verdad?

—Va a estar bien. —durante unos segundos me quedé callada, aquello me había afectado mucho. —Los doctores cuidan de él y sus padres están a su lado. No te preocupes, solo necesita descansar. Ya

verás cómo vuelve a corretear por el salón. —Molly no dijo nada, simplemente siguió balanceándose con la vista fija en el suelo.

—Ya vienen. —Dijo casi susurrando. Eso provocó que me dejara de moverme y me girara. Había atrapado mi atención. Ella levantó el rostro. Molly se levantó y hurgó en su mochila, sacó un cuaderno y me lo entregó. —Es de Toby.

Lo tomé con duda, pues no entendía por qué Molly repetía las mismas palabras que Toby había dicho, si solo yo había logrado escucharlas. Abrí el cuaderno y comencé a hojear, cuando me acercaba a la mitad me topé con que las páginas estaban manchadas con rayones de colores, una tras otra. Seguí hojear hasta encontrar páginas con escritos ilegibles, a medida pasaba página la escritura se volvía legible y ahí estaban, aquellas mismas palabras, grabadas con lápices de colores, crayones de cera, lápiz carbón y marcador. En todas las páginas siguientes ponía lo mismo "Ya vienen". En la última página había escrito algo más, "es el fin".

—Señorita Lucy, del cielo cae fuego. —De pie a mi lado, Molly jalaba la manga de mi blusa y señalaba el cielo.

Al alzar la vista, descubrí el cielo marcado por estelas de fuego que dejaban a su paso aquellas rocas incandescentes. Vimos como uno de los edificios era golpeado por una bola de fuego. Rápidamente guardé el cuaderno en la mochila de Molly y me dispuse a correr con ella sujetándola de la mano.

La gente corría de un lado a otro, las primeras bolas de fuego que vimos eran el inicio de una oleada que venía detrás. Molly se tropezó provocando que soltara mi mano, al volver por ella pude ver a Roberto bordeando el parque. Realizó una maniobra y estacionó el auto lo más cerca posible de donde nos encontrábamos. Cargué en brazos a Molly y corrí lo más rápido que pude. Estaba cansada, había corrido varias veces durante el día, también estaba asustada, primero Toby y ahora esto. Solo que ahora estaba más asustada, porque mi vida, la vida de Molly, la vida de muchos corría peligro. Nunca había pensado en la muerte, y de repente aparece, amenazando con encontrarnos a la vuelta de la esquina. Suerte que mi esposo era un demonio detrás del volante.

Capítulo 6

Capitulo 6, Jorge D. Torres

Revelación.

Finalmente todo ha terminado, comprendí que mi historia no es una historia que llevo conmigo sino la historia que he instaurado en este universo o quizás la historia que a mi me lleva.

Todo se ve tan real, me veo estúpido al tratar de explicarles lo que todos llamamos vida por cierto, quien no se ha percatado que la vida sabe a realidad, a acontecer, a dolor entrecortado con amor, a felicidad sumergida en la desdicha. ¿Y todo para que?

Me encuentro nuevamente en el mismo cementerio dos años después, el pórtico de mármol se encontraba derruido, ennegrecido sus restos por el hollín producido, por el arder de las tumbas después del maléfico bombardeo celestial que sin piedad nos pusiera de cara a nuestra extinción.

No había flores, ni deudos, ni nada querible o entrañable, quizás porque todo el entorno era extrañamente inconcebible, solo ataúdes arrancados de una tierra removida por las piedras del averno.

Quizás mi fe pretendía seguir viendo la imagen de la virgen inmaculada, aunque podría asegurar que seguía en pie, tratando de proteger las ruinas con sus manos extendidas.

Hacia semanas que había perdido contacto con el grupo de gente compañera de tantas alegrías y tristezas que este mundo guarda para cada uno de nosotros.

¿Que habrá sido de Eduardo, mi confidente de vida? ¿Donde habrán quedado sus predicciones? ¿Hubiera acaso predicho él, esté final?

Recuerdo el día que rescaté a Gabriela desde dentro del automóvil en llamas y me siento culpable por lo que le toco vivir, por el tiempo extra

que gracias a mí accionar tuvo que padecer junto a Marcos.

Quisiera poder tener la posibilidad de pedir disculpas por haberla "salvado" en esa ocasión.

La última vez que pude ver a Juan Carlos, el ya no me reconoció, no reconocía a nadie en verdad, solamente arrojaba manotazos al aire entre gritos que le dirigía a las alucinaciones, que lo atormentaban.

A Luciana y Eduardo también los había perdido de vista hacia meses, cuando recrudeció el infernal ataque a la tierra.

No pierdo las esperanza de encontrarlos nuevamente, en la vida sucede o al menos a mí me sucede, que hay un grupo de gente que parece estar vinculado a uno, a través de la vida, que por más que uno los olvide, por más que el tiempo pase sin tener uno noticias de ellos, de pronto vuelven a ingresar en tu vida con una recurrencia llamativa que no alcanzo a explicarme.

Como no logro concebir, como y porque continúo con vida en medio de esta devastación. Hace semanas que dejaron de llover los meteoros que profanaron la tierra, si bien el humo oculta el lastimado suelo de los rayos del sol guardo para mí el optimismo que me indica que pronto los sobrevivientes de esta calamidad vuelvan a poblar el mundo.

Un mundo que no tendré forma de ver ya que mi tiempo en esta tierra se agota en cada herida, en cada perdida, en cada dolor.

A mis pies, se aproximaba girando en sentido inverso a las agujas del reloj, el trompo de Sara la pequeña niña que encontrara dos años atrás al visitar la tumba de mi padre. Desde lejos se la podía ver, casi idéntica a nuestro primer encuentro.

En la lejanía, me hacia señas para que le alcanzase el trompo. Traté de tomar el juguete entre mis manos, pero frenético, intentaba en una veloz fuga pretender alejarse de mí, como resistiéndose a detenerse.

Cuando finalmente lo tomé entre mis manos, el mismo se detuvo abruptamente mientras que todo mi entorno se replegaba a partir de una rasgadura, que enrollaba todo el escenario, que como un gigantesco telón alejaba el paisaje de mis ojos dejando emerger la presencia de Sara, que me invitaba a sentarme a su lado.

Me acerque espantado y sorprendido hacia la pequeña que me esperaba apaciblemente sentada con una inmensa sonrisa en el rostro.

¿Que está ocurriendo pequeña, el mundo se desvanece, el paisaje se desdibuja y esa inmensa mole semejante a una gigantesca lapida se

aproxima desde el cielo? ¿Corre niña, corre? Vamos. – Quise llevármela en mi errática fuga, tratando de asir fuerte su manecita, pero su firme resistencia, me lo impidió.

Ven conmigo y te enseñare los secretos de la vida- Me proponía, la pequeña, mirándome con unos enormes luceros celestes, que me transmitían paz, en el caos.

Nos sentamos juntos mientras ella tomaba mi mano, en verdad se la veía tan calma entre tanta ruina y desconcierto. Mientras ese fenómeno lapidario se aproximaba desde lo alto amenazando con aplastar lo que quedaba del extinto paisaje.

¿Tu madre Sarita, dime donde está? – Con el afán de poder ver si existía un lugar seguro o al menos poder dialogar con algún adulto.

Mi madre bien, al igual que, todos tus amigos, al igual que Molly y su hijo, al igual que toda la gente que compartió contigo está era. Quédate tranquilo que todos estaremos muy bien.

No se como puedes estar tan tranquila niña, esagran tapa se aproxima cada vez más, nos aplastará.- Mi temor se convertía en lagrimas, que rodaban mis mejillas al mirar como se nos cerraban los cielos encima nuestro.

Pero, por Dios que compañero más tonto me ha tocado, me decía Sara envuelta en carcajadas. Eso que tanto te asusta, jamás nos aplastara. Solo marca el fin de una era, pronto renaceremos y todo volverá a ser un comienzo. ¿No entiendes? – Mientras no cesaba de reírse.

No entiendo nada. –Le respondí molesto aunque resignado.

¿Tu crees realmente que todos han muerto? ¿Acaso piensas que Rocamadour murió en su cuna?¿Que María Iribarne murió a manos de Juan Pablo Castel?¿Acaso piensas que el Quijote realmente peleó con gigantes molinos de viento?

¿O, te has tomado muy en serio que Ulises y Penélope se reunieron finalmente en Itaca, jajaja? ¿Quizás piensas que Capuletos y Montescos se odiaban realmente?

Se que todo parece muy real, que has vivido tu vida como un evento real y único. Pero a continuación viene mi parte del relato que espero tomes de la mejor manera.

Lamento decirte que nada es real, que todo y cuando digo todo, con lujos de detalles; todos los sucesos de tu vida y de la mía fueron escritos por alguien, que nos dio vida. En nuestro caso en un mismo libro. ¿Acaso no te has percatado, con que facilidad uno se encuentra lidiando durante toda su existencia, casi con los mismos personajes?

¿Sabes a quien le debes tu existir y todos los sucesos que acompañaron tu vida, acaso? Te cuento, te lo confieso pues te veo desesperado, tan desesperada como yo lo estuve antes de la revelación, se lo debes a

Lucio, a E. Gonzalez, a Alejandra y a Jorge. Se que no los conoces y nunca los conocerás pues estamos concebidos en universos distintos

Ellos son tus "dioses", los dioses de nuestra odisea personal. No te sientas mal, pues nosotros al menos sabemos quienes son nuestros creadores, en cambio ni Lucio, ni E.Gonzalez, ni Alejandra, ni Jorge saben quien los ha creado y siguen buscándolo en vano, sin percatarse que sus vidas fueron escritas por alguien al que llaman Dios, que a su vez tiene su guion escrito por otro personaje, en una sucesión infinita de autores-personajes, personajes-autores.

Esto es la vida, mi amigo, no te aferres demasiado. Una sucesión encadenada de libros escritos por personajes donde los protagonistas cobran vida, una vida tan palpable que la conciben como tal, sin darse cuenta que son solamente el pensamiento de otro personaje, que les diseño el escenario, su dicha o desdicha, su pasado, su presente y su futuro, que se juntan en un solo tiempo. El tiempo en el cual un lector se sienta a leer un libro. ¿O porque no? Un escritor a escribirlo, dando origen a nuevos personajes inmersos en nuevos escenarios, donde quien escribe será su Dios absoluto, marcando el derrotero de todos sus interpretes.

Esta es la famosa y temida muerte, querido amigo, cierra los ojos que ya la tapa del libro nos obliga a descansar, dándonos un beso del olvido hasta que un próximo lector vuelva a leer sobre nosotros brindándonos un nuevo renacer.